

SIN HOGAR

NIVES MONDA

“Alrededor de dos mil sinhogar viven en la ciudad de Nápoles: personas que duermen en la calle, debajo de las arcadas de la Galería Príncipe, en la Galería Umberto, cerca de la Estación Central, en el umbral de las tiendas cerradas y donde haya un mínimo de refugio.”



Napoli, 2019. Foto: Emanuela Bove

EN la ciudad hay tres centros de acogida que cubren con dificultad unas 350 camas, así como numerosas personas y asociaciones que a través del voluntariado son activas en este ámbito. Durante muchos años, desde diferentes subjetividades se ha pedido al Ayuntamiento poner en marcha políticas concretas que permitan a las personas sin hogar vivir con dignidad: un techo, una cama, una comida caliente, la atención médica necesaria, así como los espacios adecuados para garantizar su higiene y sus relaciones sociales. Una instancia que todavía espera una respuesta, que es ahora aún más urgente.

En estos días de emergencia sanitaria, llevo comida caliente a las personas que duermen en las arcadas de la Catedral. Encuentro muchas caras y muchas manos, distribuyo los platos, sonrío detrás de la mascarilla, me muevo lentamente, no busco la mirada de aquellos que están tapados detrás de cubiertas y cartones.

He aprendido que no es justo presionar para crear un contacto, esta es nuestra necesidad, mientras que las personas que viven en la calle ven a mucha gente yendo y viniendo, son nómadas entre los nómadas, no perciben el tiempo y el espacio como nosotros lo percibimos.

El mayor error que comete la llamada sociedad civil cuando se relaciona con una persona que vive en la calle es querer conducirla a su terreno, el de la normalidad, tratando de convertirla en *una de nosotras*. Sucedió exactamente así con Gennaro, quien, después de vivir durante mucho tiempo en la calle, tuvo la oportunidad de una nueva vida, encontró trabajo en un restaurante

y una habitación en un centro de acogida, hasta que un día, huyendo, se substraigo de esta imposición para volver a la calle.

La definición tampoco es adecuada: el término *sin hogar*, por ejemplo, no se puede aplicar a Maite, el chaval nigeriano que vive cerca del Duomo desde hace por lo menos seis años. Recuerdo muy bien el primer día que lo vi, alto, en perfecta forma física, pedía la limosna con una amplia sonrisa, guapo. Con el tiempo, le he visto encogerse, acurrucarse, perder interés en las personas que pasan e incluso en la comida que le traemos, hasta sentarse siempre en la misma losa de mármol de la que casi nunca se mueve, allí debajo de las arcadas. Nada de sinhogar, Maite habita permanentemente en la losa de mármol.

Al fin y al cabo, este es principalmente el enfoque institucional: reintegración y rehabilitación. Los dormitorios, si, por un lado, cumplen una función fundamental para una solución en grandes cantidades, por otro, inevitablemente obligan a las personas a estar reclusas. Para algunas de las que duermen en la calle, la libertad de movimiento es más importante que la comida misma.

Afortunadamente, hay muchas experiencias que difieren de este tipo de enfoque.

Por ejemplo, Scarp de Tennis, el periódico realizado por quienes viven en la calle, es un proyecto de Caritas, implementado en Nápoles por la cooperativa La Locomotiva, que prevé la emancipación de las personas sin hogar convirtiéndolas, a través de un taller de escritura, en periodistas y editores de una publicación mensual. Los periodistas callejeros también se dedican a vender el periódico, gritando

como los vendedores de hace tiempo, y así perciben un ingreso que les permite mantener su hogar. De hecho, a este proyecto está vinculada la posibilidad de una segunda acogida, que se basa en la creación de unidades de residencia para la convivencia de pequeños grupos de personas, procedentes de los dormitorios y activas en el proyecto Scarp, que hayan manifestado la voluntad y capacidad de ser autónomos.

Otro proyecto interesante, nacido en el marco de los bienes comunes, es la acogida de un pequeño grupo de personas sin hogar a cambio de que participen en el mantenimiento del espacio y en la gestión de algunas actividades en Santa Fede Liberata, un complejo eclesial -en el centro histórico de Nápoles- que en los siglos pasados acogía a mujeres consideradas disolutas por su estilo de vida y por eso recluidas lejos de la mirada de las



Portada de la revista Scarp de' tennis

personas respetables. Tras décadas de decadencia y abandono, la estructura ha sido recuperada por un grupo de vecinos y vecinas que organizan, en sus maravillosas salas, muchas actividades de resistencia política y urbana junto a otros habitantes del barrio. En la estructura, también hay un servicio popular de atención sanitaria.

Estas experiencias demuestran que también se puede promover una planificación estelar, es decir, un conjunto articulado de residencias integradas en el tejido urbano, donde al trabajar en grupos pequeños, se llevaría a cabo una forma diferente de hospitalidad. La idea sería la de fomentar, en algunos barrios y con proyectos a mediada, la reutilización de casas y estructuras en desuso y de titularidad pública, para que las personas sin hogar puedan así quedarse en el entorno que normalmente frecuentan. La alimentación podría ser proporcionada por grupos de proximidad, organizados por los distritos o por las entidades del tercer sector. Además, en lugar de depender de grandes comedores que

inevitablemente ofrecen una comida estandarizada, se podrían establecer días de comedores populares en los muchos restaurantes de cada barrio que, turnándose según un calendario semanal y con el apoyo de los distritos y del Ayuntamiento, podrían albergar a las personas sin hogar junto con otros clientes “pagadores”. Este podría ser un proyecto con gran impacto emocional para las personas involucradas, donde la comida sería el medio natural para facilitar su integración. Finalmente, las tiendas de artesanías podrían poner a disposición sus espacios para talleres destinados a aquellas personas más interesadas en llevar a cabo una formación laboral.

Sin grandes objetivos que a menudo connotan (y estropean) los proyectos sociales y sin demasiadas pretensiones (la inversión sería mínima en comparación con otras líneas de intervención), apoyando oportunamente lo que ya existe, las personas sin hogar se convertirían en residentes dentro de ciudades hechas a medida de persona, a medida de todas las personas.

Traducción de Emanuela Bove

NOTA SOBRE LA AUTORA

Nives Monda vive en el centro histórico de Nápoles, donde dirige una pequeña taberna de barrio. Economista, ha estudiado los procesos de desarrollo desde abajo de principios de los años 90 y ha trabajado durante veinte años para instituciones locales y centrales en la planificación y control de intervenciones públicas territoriales financiadas por los Fondos Europeos. Ha realizado voluntariado con niños y jóvenes de barrios procedentes de periféricos con emergencia social y habitacional.